

## EL MISTICISMO EN LA CIVILIZACIÓN

---

*Conferencia pronunciada por el señor Manuel Carlés, en el Colegio Nacional de Buenos Aires.*

---

Señor Rector:

Señoras:

Señores:

*“All’ Ideale che non ha tramonti;  
Alla Bellezza che non sa dollorì”*

La vida no es como un río que corre durante siglos, siempre por el mismo cauce; la vida es como la constelación de nuestro sol que marcha por espacios infinitos y desconocidos. El dolor y el placer, forman la vicisitud alterna de la vida. A todos nos ha visitado alguna vez el dolor, ya físico, ya moral, fuerte como una punzada o leve como una congoja. La alegría existe en uno mismo: hay que buscarla, y, una vez encontrada, hay que conservarla como fuerza radio-activa de optimismo vigoroso. El bien y el mal, como el placer y el dolor, son eternos; el mal que es una razón del bien y el bien que es el fundamento del hombre. La vieja teología personifica el mal en Luzbel, sobreviviendo al último de los seres, para permanecer solo y descansado, con las alas replegadas y dominando sobre los escombros de los mundos extinguidos. Consultad a un anciano y dirá: que el dolor es la úni-

ca ciencia de la vida, puesto que el placer, como el perfume de las flores, es pasajero, nada enseña, ni deja rastro. La sabiduría que es recuerdo, en cuanto al dolor se refiere, es más tenaz que la dicha, porque el placer es una sombra fugitiva, mientras que el dolor es una herida. La humanidad posee la conciencia de la necesidad del dolor y ha colocado la tristeza piadosa entre las virtudes de los santos; suprimidlo y habreis arrancado el amor inquieto del corazón de las madres, la piedad de la ternura de los hijos, los celos del egoismo de los amantes, los afanes del estudio de la ciencia y la melancolía de la lucha por la gloria. “¡Felices los que sufren, desgraciados de los felices!”; por haber lanzado este lamento, el Evangelio ha reinado dos mil años sobre el mundo.

La historia del mundo como la vida del individuo, ha sido una alternativa de épocas dolorosas y tranquilas, una sucesión de días serenos y tempestuosos; épocas de equilibrio, seguidas por otras desordenadas, en las cuales el dolor apareció siempre al atardecer de todas las civilizaciones. En estos momentos dolorosos, es cuando el espíritu pierde la confianza en el mundo que lo rodea, y se eleva por la meditación al infinito, para encontrar en la verdad, en la belleza y en la virtud, la clave del enigma supremo de la vida. El misticismo de las almas inspírase en el dolor, se afina con la meditación profunda y se convierte en fuerza regeneradora de la vida, si la fé religiosa lo vigoriza con la plegaria. Solo las almas fuertes saben que en ciertos momentos, hay que orar. La plegaria es el alivio del espíritu abatido por el dolor, cuando la fé, que es confianza en Dios, se auxilia de la esperanza para salvarse de los excepticismos que amortiguan la fuerza de la vida. Solo los espíritus mediocres no sienten la necesidad en que se hallan, alguna vez, las almas fuertes, de refugiarse en el santuario de sí mismo. En este instante solemne de la historia, en el que parece que hasta las ideas fundamentales de la civilización fueran a variar por la influencia de acontecimientos terribles, ta-

les como los que actualmente suceden en Europa, los pueblos sobrecogidos ante el porvenir incierto, mueven sus sentimientos religiosos y dirigen su corazón al Infinito, para implorar la misericordia divina. El misticismo latente en lo más profundo del alma europea sin distinción de razas, desde el supersticioso moscovita al ritualista inglés, incluso el alemán soberbio y el francés materialista, todos en la hora suprema del peligro, se han posternado ante Dios. El signo más humano de la civilización lo presenta el heroísmo abrazado a la fé, en vísperas del dolor de la guerra.

El dolor colectivo obedece a tres causas que desarrollan otras tantas formas de misticismo, a través de la existencia histórica: “la necesidad” o causa económica, “la libertad” o causa política, y “la justicia social” o causa filosófica. La biología es maestra de la economía, cuando le enseña que la vida es una serie de acciones del medio sobre el organismo y de reacciones del organismo sobre el medio. Es necesario fundarse en esa ley de la naturaleza humana, según la cual el bienestar está en razón directa del equilibrio económico. De manera que las necesidades satisfechas suponen riquezas; la riqueza el progreso que aumenta las luces del espíritu, preserva la salud y suma alegrías. Viceversa, las necesidades no satisfechas resultan del empobrecimiento que se traduce en decadencia social, en carestía que es hambre, en oscurantismo que es silencio de muerto; en suma, en necesidad que es dolor. Felizmente la necesidad impone la ley del trabajo, que si determina esfuerzo — y todo esfuerzo es dolor — también es alegría, que se alcanza por la necesidad satisfecha en forma de obra de arte y de ciencia, entre cuyos esplendores surge la civilización. Bendita ley del trabajo que al movernos hacia el pan, nos inclina hacia la ciencia y el arte con apasionamientos dignos de nuestra naturaleza espiritual; aunque, por debajo de ese florecimiento destellante de la civilización, rueda la lucha prosaica de la vida por el pan disputado a la naturaleza y a brazo partido entre los hombres. No neguemos que la abundancia y la carestía económicas hacen felices o desgraciadas las épocas sociales, pues-

to que la onda del dolor crece o disminuye cuando el trabajo remunerado o desvalido alegra o entristece el esfuerzo humano que lo produce; ni menos omitamos de contemplar esas dos escalas que la riqueza y la pobreza destinan a esa distinta humanidad, por las que ascienden los ricos hacia el palacio de la dicha y descienden los pobres al fondo de sus miserias. ¡Que misticismo intenso espiritualizará a las almas sensibles en condolerse de la humanidad menesterosa, cuando nobles ansias impulsan a redimirla de la pobreza inícuca!

Las brillantes civilizaciones de Babilonia, de la India y Egipto, de oro en la cima y amasadas con lágrimas en la base, han pasado a la historia con el grito doloroso de la esclavitud, sofocado a veces por las exclamaciones victoriosas de los conquistadores. Las inscripciones de los monumentos clásicos de la antigüedad, atestiguan el espectáculo resonante de las conmemoraciones triunfales, de un lado; y en el reverso la larga caravana de esclavos, de mirar atontado y cuerpos contrahechos por la fatiga del trabajo. El sufrimiento del esclavo no impresionó antiguamente a los libres, disipándose como grito de dolor en el desierto. Con unción mística nos dijo Jaurés, que hasta ahora las civilizaciones más esplendorosas han sido como flores desarrolladas sobre un fondo de miseria y de servidumbre. La belleza helénica, el genio de Fidias, la elegancia soberana del Parthenon, el prodigioso brillo del pensamiento de Aristóteles, resplandeciendo sobre todas las cosas de la naturaleza y del hombre, la democracia de Atenas, deliberando en el Agora, bajo el azul del cielo ático — ¡espectáculo admirable! — tenía por fundamento y base oscura la servidumbre de los aliados explotados y la miseria muda de los esclavos.

El Divino Maestro iluminó después la conciencia humana para que la fraternidad universal corrigiera esa inmensa iniquidad de la esclavitud, estableciendo la igualdad civil, antecedente precioso de la igualdad política, que al fundar la patria, creó la dignidad del ciudadano. Ya veremos como del dolor económico, sufri-

do en todas las épocas por el trabajo injustamente explotado, nacieron los precursores de las doctrinas sociales del reformismo moderno y los próceres de las nacionalidades, en la historia contemporánea. Es del fondo del misticismo de las almas sensibles al dolor del pueblo, víctima de necesidades económicas nunca satisfechas, que surgió la libertad en el mundo.

Las tinieblas cubren a la antigüedad para saber que fué de la dignidad humana en aquellas épocas de continuo guerrear entre pueblos sometidos a la más inicua autocracia. Viniendo a épocas recientes ¿qué nos cuentan las leyendas medioevales, de esa resuelta confusión de las conciencias ansiosas de libertad? Las rivalidades de razas que se escudarán en las cuestiones de fé para matarse mutuamente en guerras atroces, las hogueras que iluminarán los muros de las ciudades para quemar los primeros mártires populares, las familias esparcidas por las persecuciones religiosas para fijar sus moradas, como flores salvajes, en las gargantas más profundas de las montañas, viviendo allí al abrigo de sus rocas que creyeran inaccesibles. Puros, sencillos, ignorantes, su alma será tan orgullosa como el águila que tiende al cielo, su conciencia será tan blanca como sus costumbres austeras, siendo el evangelio su ley. El culto que sacarán de esta ley será el menos complicado de todos los cultos humanos: será el vínculo de una comunidad fraternal cuyos miembros se reunirán para amar y orar; así como los arrianos presagiaron la república, los baudenses iniciaron el socialismo. La maldad se extiende entre tanto y cubre la Europa entera, desde las fuentes del Oder hasta las riberas del Tajo; es lo que se llama la guerra de los ochenta años. Empezará por el saqueo de la catedral de Amberes y concluirá con la caída de la cabeza de Carlos I. Desde entonces hasta hoy, el afán del ideal ha atormentado siempre a las almas escojidas; se ha trasmitido de ellas a otras y ha tomado en el curso de los siglos la forma de libertad religiosa, científica, política y social. Ha oprimido y oprime fuertemente; ha costado sangre y mártires; ha sembrado los caminos de ho-

guerras, de persecuciones, de ruinas; ha dado el valor de la muerte a hombres aislados y a multitudes, desde los primeros cristianos hasta los filósofos del siglo XVIII, aquellos hombres de ciencia y aquellos patriotas de que está llena la historia de todos los pueblos y que se resumen en nuestra mente en una sola imagen aureoleada de martirio, de gloria, sobre cuya frente resplandece el pensamiento santificado por el dolor.

Hay también en nuestra leyenda patria una página enérgica que relata la pasión del patriotismo en la época heroica, página que enternece al varón de entusiasmos cívicos y que en las veladas íntimas del hogar tradicional, la madre, la buena madre recita para suscitar las primeras fantasías del hijo, cuya alma al emocionar tantos ensueños, parece sofocada por tantos heroismos. Allí se cuenta la guerra de la emancipación, las luchas civiles, la vida a la intemperie, que formaron una estirpe ruda de hombres con gran capacidad para obrar y para sufrir, con un corazón armado de tranquila confianza en la suerte, de sumisión indiferente a lo inevitable, de estoica arrogancia frente al peligro, de vigorosa iniciativa y de rápidas resoluciones para las empresas atrevidas. Desdeñando la vida y familiarizados con la muerte, la guerra los encumbró y la paz los anuló, porque naciendo para la guerra, murieron con la paz. Leyenda es esa que cuenta los crepúsculos de la guerra y los amaneceres institucionales de los congresos con sus ensayos constituyentes, de las asambleas con sus propósitos organizadores, los pactos con sus armonías intercomarcanas, los precursores con sus anhelos, los unitarios con sus teorías, los federales con sus intransigencias, los estadistas con sus previsiones, los caudillos con sus personalismos, la montonera con sus alarifes y los sectarios con sus vehemencias. Página del alma nacional comunicándose con las edades venideras en el lenguaje de los fanatismos inclementes y de los apóstrofes violentos, de las desventuras y triunfos del pueblo argentino, de ese pueblo que respondió siempre, al grito de ¡adelante!, guiado por su genio protector, encaminándose

hacia sus destinos manifiestos de cultura, suprema aspiración de su gloria. Imagen terrible de esa época, es la quemazón desvastadora en la pampa inmensa o en la selva virgen: todas las impurezas del suelo arden con la llamarada gigantesca; pero el fuego todo lo purifica, por eso su llamarada es pura. Las correrías del montonero y las agitaciones del político, las soberbias del caudillo y las intolerancias del doctor, inflamaron las pasiones revolucionarias, destruyeron fórmulas instituyentes, quemaron en guerra la república, de cuyo caos saldría salvada la patria, porque todos la rendían sacrificios, porque a todos animaba el patriotismo puro, puro como la llamarada de las quemazones en la pampa inmensa o en la selva virgen. Así nació el misticismo patriótico en nuestro país, que tuvo por ideal la libertad política y por escudo el honor cívico.

Otra causa del dolor colectivo procede del conjunto de hechos sociales que en vez de reflejar la justicia y la virtud, denuncian el triunfo del cinismo y del vicio. Una escuela de espíritus selectos procura adoctrinar las ideas en el sentido de que el mundo fué siempre injusto y perverso. Según ellos, la edad de oro solo existió en el esplendor del arte y en la belleza hechicera de la leyenda; que la dureza de la vida, la lucha por la existencia, nunca, talvez, han combatido como hoy con las armas inferiores del vicio; jamás el éxito ha favorecido a la virtud, menos que ahora. De ahí ha surgido el misticismo de la justicia social, que proclama cómo se debe aplicar al mundo moral las leyes de la solidaridad del mundo biológico. Y se razona: si el dolor es un preservativo de la salud y de la vida, la conciencia del bien es un preservativo del mal. Cuanto más intenso es el sentimiento de la conciencia, mayor es la extensión de la aplicación de la justicia. Seamos buenos los unos con los otros, ayudémosnos, purifiquémosnos, para que la solidaridad de los corazones impere en el mundo. Así se piensa hoy, cuando todos sienten que la virtud es el único patrimonio de grandeza del hombre, que el genio nada vale sin ella y que una sociedad de

hombres virtuosos es más feliz que otras de ingenios escogidos. Mientras esta éra de luz no llega, el dolor de las injusticias del mundo inclina a los sentimentales místicos a perseverar en la lucha por el triunfo definitivo de la virtud.

De esta suerte, en el mundo aparece el dolor por varias razones: el dolor económico, que contempla la holgura en los menos y la carestía en los más; el dolor político, que se agita para imponer la democracia de la libertad en la convivencia social; y el dolor de la justicia, que ve el triunfo del vicio. Quien quiera que sea el individuo, en el transcurso de su existencia, llégale el instante que alguna de esas tres causas dolorosas se le presentan para despertarle de su egoísmo, llevándolo tristemente, de congoja en congoja, a los espacios infinitos del misticismo, donde impera absoluto el ánimo de la generosidad, que aspira a la redención humana por la purificación de nosotros mismos, por la armonía de las voluntades y la solidaridad de los esfuerzos. Este misticismo es el efecto de la lasitud de ciertas épocas de experiencias gigantescas cruelmente desvanecidas por lo que la razón humana, perdiendo la fé en su propia pujanza sin poder perder la necesidad de Dios, para satisfacer esa necesidad inmortal, se lanza a conquistar el amor de lo infinito, por las sendas de la verdad, de la belleza y la virtud.

Este sentimiento purificador de uno mismo, esa necesidad de lo infinito, es la fuerza poderosa del espíritu en su lucha encarnizada contra el instinto. Está en el fondo de las grandes pasiones y se manifiesta hasta en los más lijeros deseos; ya es el suspiro de la fantasía contemplando un cielo estrellado en noche serena, ya es la emoción melancólica del que aspira a la gloria; aparece siempre que el alma hable, mejor dicho, que el alma se habla ensueños, para espiritualizarse en el infinito, hasta llegar a la esencia de sí misma. Los modernos investigadores han rastreado la influencia mística en la evolución de la cultura social en el mundo. Han creído ver en el primer apóstol de los tiempos conjeturales, Krisma, el factor de los cultos monoteista,



que aboliendo los sacrificios humanos, elevaron al cielo, entre inciensos propiciatorios, la plegaria dolorosa. Miraron después a oriente para venerar en Roma el apóstol de los sentimientos moderados y el meditabundo del misterio divino, al que consideran como precursor de Hemes el egipcio, fundador de la raza sagrada, cuya sabiduría penetró los secretos de la naturaleza para descifrar el enigma del Universo; Hermes, padre espiritual de Orfeo, que había de señalar el racionalismo humanitario de Grecia y antecesor de Moisés, que prepararía un pueblo en el mesianismo, redentor de las futuras civilizaciones. Seguid la onda luminosa que denuncia el misticismo en las edades clásicas, para encontrar a Pitágoras, tres veces sabio en ciencias puras, sociales y divinas, y a Platón que espiritualizó el amor y la armonía, el amor de la belleza eterna y la armonía que abraza el Universo; seguid hasta que defináis el supremo misticismo de Jesús, que es la esencia de todas las virtudes, la luz del espíritu infinito y el sentimiento más humano de Dios, y deteneos un instante, que hemos llegado a la cima del mundo, para contemplar desde la eminencia del cristianismo, la ascensión civilizadora de los pueblos, que han seguido la senda trazada por Jesús, cuya gloria se esplenderá definitivamente el día que la humanidad toda ilumine su conciencia con el dogma del hijo de Dios.

Para conocer el misticismo teosófico es necesario estudiarlo conforme la religión que lo inspira. Para el común de los hombres la religión es el sentimiento de nuestros deberes en cuanto se funda en mandamientos divinos, que se manifiestan por la oración, el sacrificio y la fé y nos disponen a percibir lo infinito. Según el principio trascendental que caracteriza a cada religión, se manifiesta distinto el misticismo de cada raza, o pueblo de la tierra. El orden preconizado por Confucio, la paciencia por Buda, la justicia por Mahoma, el deber en Judea y el amor del cristianismo, engendran otros tantos misticismos fundamentales en la historia del socioformismo universal. El sintoismo oriental tuvo su símbolo, su maestro y su código. El espejo plano, colgado en el

interior del templo, simboliza el corazón humano, el cual cuando está perfectamente limpio y tranquilo refleja la imagen de la misma divinidad. Su filósofo Zen indica el medio de elevarse por la meditación a zonas del pensamiento que exceden los límites de la expresión verbal. Así pudo construirse el Bushido o código de los caballeros que aspiran a ser perfectas samurais, cumpliendo las cinco máximas de confianza en la suerte, sumisión a lo irreparable, serenidad frente al peligro o a la calamidad, desdén de la vida y familiaridad con la muerte. El ejemplo del más sutil misticismo oriental lo dió el héroe Nodgy, aplicándose el carakiri o suicidio japonés, en holocausto de redención del alma de su soberano Musuhito, muerto horas antes. El budismo es la leyenda del hombre maldito por solo haber nacido y que necesita vencer al destino, aniquilando su propia naturaleza miserable. Según la doctrina, vencer la vida es triunfar del dolor y de la muerte, purificando el espíritu por el dominio absoluto y el aniquilamiento paulatino de la materia. El fakirismo es, en suma, la destrucción gradual y perseverante de las fibras nerviosas y de los reflejos cerebrales, en la tarea abnegada de vivir muriendo, para morir en el instante del nirvana anhelado. El exceso quietista llevó al Indostán hasta la decadencia de un pueblo de 300.000.000 de seres, dominados por una guarnición militar de 60.000 ingleses. El islamismo produjo un misticismo batallador de conquista y de civilización destellante. Con el Coran en una mano y la cimitarra en la otra, recorriendo el desierto para penetrar en Arabia, Egipto, Siria, Babilonia, Persia, Turquestán, el Africa, España, Aquitania, Constantinopla, los Balcanes, hasta establecer el gran imperio de los Mogoles, los hijos de Mahoma esmeraron sus virtudes fundadas en la justicia que aplicaron inexorablemente en las comarcas conquistadas. El misticismo islamita produjo artistas y sabios, guerreros y filósofos eminentes. El cielo Musulmán fué poblado por héroes que religiosamente buscaron en la atalla una muerte que los resucitara en el paraiso; por artistas cuyas obras gratas a Dios comprometieran su mise-

ricordia; por sabios que iluminaron la civilización de su tiempo para gloria de Alá; y por filósofos tan humanos que convirtieron las hermosas ciudades del profeta en refugio del bienestar medioeval. El deber de la obediencia y la sumisión a Dios — Islam — que ninguna religión ha formulado con tanto vigor, engendró naturalmente el fatalismo. Con esta disciplina se hacen soldados heroicos, trabajadores resignados, pero no se logran hombres progresistas. Después de doce siglos de dominación mundial, a penas si existen en Africa Septentrional y en Asia menor “muezines” que por temor a los “iblis” recitan las “suras” triviales de “El Qurán”.

Entre todos los pueblos antiguos y modernos que espiritualizan sus costumbres con el deísmo monoteísta, ninguno como Israel inspiró y sustentó un misticismo más vehemente. Feliz mi pueblo, mi estirpe y mi cultura que me impulsan a considerar el judaísmo sin los reatos ni prejuicios que contienen a los cristianos en europa a respetar la conciencia religiosa de los judíos. El valor, el aliento que infundieron en el alma judía la persistencia de la tradición, han resistido las mayores y más crueles pruebas que registran la historia de los tiempos conocidos. Así se explica que el misticismo judío se muestre huraño, resignado y soberbio. “En tu semilla serán bendecidas todas la naciones de la tierra” — dijo el ángel a Abraham — y a través de los siglos, los tenaces descendientes del patriarca esperan todavía encontrar el arca que Hillel y Shammai afirman se hallará en alguna caverna de las montañas, para encanto y dicha eterna de la humanidad bendecida por Jehová. Los salmos, los proverbios y el libro de Job con su influencia rítmica y melancólica han debido ensimismar el espíritu isrealita para desarrollar el misticismo taciturno y despreciativo que tan elejado del mundo presenta al rabino que lo practica en la penumbra silenciosa de la cinagoga. Si la injusticia social y la negación de la libertad engendran el dolor que se convierte en el misticismo de los precursores y rebeldes, ¡cuánta tendencia al misticismo habrán acumulado los judíos, durante los largos

siglos de persecuciones, matanzas, destierros y abominaciones, que la perfidia de sus rivales agotó, para que la raza proscripta consiguiera en la lucha dolorosa despojarse de vanidades y acozazar con virtudes positivas su terquedad invulnerable!.

El imperio romano al uniformar su dominación universal estableció la paz en el mundo, durante siglos de sumisión al poder de los emperadores. La desventura humana auxíliase de filosofías menesterosas para mitigar las ansias patrióticas y los anhelos religiosos de los pueblos sometidos. Los mismos romanos de la casta republicana que habían conservado la pureza de costumbres de los fundadores de Roma, se sintieron humillados del falso esplendor del imperio, contra el cual no pudieron revelarse, refugiándose en el estoicismo a lo Séneca o en el excepticismo a lo Petronio. A la resignación de los sometidos, respondía una esperanza vaga y doliente de los espíritus inquietos, que buscaban un motivo de esteriorizar su heroísmo entre la multitud miserable del mundo posternado ante Roma. Cuando del fondo del Asia vino la palabra nazareno, pronunciada con unción amable y sostenida por la intrepidez de los que desean morir de tristeza, el mundo romano la escuchó con la indiferencia de los sibaritas, la autorizó como consuelo de los esclavos y se refugió en los santuarios republicanos para vivificar la tradición de austeridad de la familia etrusca. La inmensa desventura de los hombres encontró en la fraternidad del cristianismo un alivio a los pesares del alma. Al bullicio de las ciudades mercenarias sucedió el retiro silencioso de los cenáculos, donde los fieles se congregaban para orar y oír el sermón de los presbíteros conmovedores; y cuando el imperio paulatinamente fué disolviéndose en la lucha de las montañas contra el llano y del bosque contra las montañas, los desiertos se poblaron de imaginarios, de silenciosos y meditabundos que buscaron las disciplinas de los cilicios para acercarse al Dios de su ardiente misticismo.

Mientras los cristianos militantes, en conquista de infieles y en cruzadas hacia el sepulcro del Redentor, realizaban empre-

sas gloriosas a la Iglesia, acudían a los conventos los contemplativos de alma atormentada por las tentaciones del mundo, los arrepentidos pecadores cuyo ascetismo los consagraba después modelos de pureza y santidad, y los escritores sagrados, que inspirados en las virtudes teologales y sustentados con sabiduría suma, penetraban los misterios de la divinidad para explicarlos con el estilo destellante del misticismo. Cuando el renacimiento despertó el espíritu de investigación científica y la duda reemplazó a la fé, ese misticismo fué considerado como un mal por los racionalistas. Estos dijeron, razonando como simplistas y en el estilo de la época que el hombre posee dos facultades que lo ponen en comunicación, unas con el mundo exterior, otras con el mundo íntimo de su ser; que siéndole esenciales ambas funciones, él no puede, por error de su naturaleza, ni por esfuerzo de la voluntad, sustraerse enteramente al trabajo del pensamiento, que es la manifestación de su ser interior, ni a las sensaciones orgánicas que son la esencia de su conclusión física; no obstante, según que el hombre se abandone de una manera más o menos exclusiva a sus apetitos materiales o a la meditación interior de su ser, él puede erervar más o menos, aquellas de las facultades que descuide ejecutar, llegando a dos estados igualmente contra natura: si se dedica al deleite exclusivo, se convierte en bruto y se confunde con la animalidad, si se dedica a su íntimo exclusivo, se expone a caer en una especie de manía exaltada. Esta manía hace al hombre insensible a los objetos exteriores, cuando le inspira un disgusto profundo, una aversión irresistible o por lo menos, una indiferencia absoluta por los objetos materiales y por las funciones del cuerpo; cuando dedicándose exclusivamente a Dios y a las cosas sobrenaturales, esa manía llega a destruir todos los sentimientos y todas las manifestaciones de los sentidos. Los racionalistas vieron que ese misticismo llegó hasta predicar la insuficiencia, la debilidad, la nulidad de la razón humana, aplicándose únicamente a exaltar la pasión religiosa, a soñar un hombre superior, sobrenatural, en el que no subsistiría sino la facultad del amor divino.

Pasaron tales tiempos del misticismo cruel, que en vez de buscar el equilibrio de las viejas virtudes cardinales, prudencia, justicia, fortaleza y templanza, recomendó un excepticismo jansenista, que oscureció la conciencia y anuló la personalidad por el predominio del sentimiento sobre la razón. El éxtasis que significa cuando se enajena o sale uno de sí mismo para arder y comunicarse en el fuego de un delirio, suprime la voluntad sin preocuparse de regirla y menosprecia la vida presente considerada como un mal que debe abreviarse. La vida concentrada por completo en el sentimiento, absorbente del "Deus Absconditus", se agota en esta pasión exclusiva y no conserva energías para las demás afecciones de la familia y de la patria, reconociendo como máxima de conducta: "ama et fac quod vis". Los que aplican con todo vigor la teoría deben considerar malo el mundo y enemigo al cuerpo y aspirar a la emancipación por la muerte o por la muerte anticipada, viviendo en el desierto, en la agonía de una celda, sustituyendo la contemplación o la reflexión, la inacción o la actividad. Los anacoretas de la sebaida — finalidad sin medios — iban a buscar agua al Nilo para regar un bastón plantado en la arena del desierto, talvez queriendo simbolizar la ineficacia y estabilidad de todo esfuerzo humano. La contemplación del místico estéril, el éxtasis del asceta, el aislamiento y el quietismo, contradicen la naturaleza del amor y mucho menos no conforman con la naturaleza del amor divino. Así como no ha de estimarse más religioso al que más hable de Dios, sino al que menos le ofenda, el amor a Dios ha de identificarse con la caridad, con el amor a todas las cosas, con la práctica del ideal de perfección que concebimos, con la finalidad de una vida destinada al arte, que encierra lo divino, a la ciencia que cultive la verdad, que es divina, a la industria que nos proporcione el bienestar, que es un don divino. Es en vano que el hombre pretenda convertirse en ángel, mientras su naturaleza material, como la inflexible ley de la gravitación, lo somete a lo terrenal y humano, base, después de todo, para concebir y amar lo divino. Es inútil que miremos las maravillas de

la creación y las bellezas de la existencia como si fueran motivo de tristezas, porque a nuestro Dios, fuente de verdad y de belleza, se le glorifica en sus obras y con sanas alegrías.

Para apreciar las diversas manifestaciones de la mística, es necesario considerarla teniendo en cuenta el medio en que ella se desarrolla. Así se explica que los místicos españoles sean vehementes y apasionados; los alemanes, metafísicos y nebulosos; los ingleses, ritualistas, influidos por el puritanismo, con tendencias prácticas, que de no realizarse degeneran en pesimismo, cuyo primer anuncio es su "spleen" habitual.

Durante el siglo XVI se produce la crisis del cristianismo. Relajada la disciplina espiritual de la Iglesia, las almas fueron afligidas por las luchas religiosas en Europa. Papas como los Borgias y los Médicis habían sido más artistas que religiosos, mientras dos almas igualmente religiosas penaban en modificar las tendencias de la Iglesia: Lutero y Loyola; Lutero que aspiró a destruir el pasado para reconstruir la Iglesia, Loyola a reconstruir la Iglesia, conservando el pasado. Aquel fundó un misticismo de reconcentración y análisis, éste un misticismo que es energía combativa, acción de propaganda, batalla de sacrificios. Ambos misticismos están representados por dos razas que en estos momentos se batían en gigantescas batallas. El místico septentrional procura ascender por el éxtasis hasta el cielo para encontrar a Dios, el meridional fantasista y sensual, procura hacer descender el cielo hasta él, que Dios se infunda en él, en su cuerpo; para batallar rotundo por la fé, difundiendo ideales y arraigando su culto. Este misticismo fué el fruto de una educación religiosa de siete siglos en España, durante la guerra de reconquista que purificó virtudes rudas y que se mantuvo con lectura de libros de caballería y de santos, en los que aparecen protagonistas caballeros de la Ardiente Espada, de la Fé, de la Estrella Divina, provocando un entusiasmo a la vez místico y guerrero, que presenta el alma de los pueblos que lo sienten en perpetua antítesis, a la vez cándidos y dramáticos, inocentes y

trágicos. Este misticismo vino bien con el individualismo característico de nuestra raza que la hizo célebre en tiempos del valor personal, faltos de comunicaciones y de aislamiento sistemático. Mientras que ahora vivimos época colectivista en que triunfan las grandes masas, los pueblos confederados en grandes conglomeraciones humanas, los hombres asociados por los mismos ideales, con las mismas virtudes y dotados de destrezas comunes y diferentes para gloria de la civilización, hija de la solidaridad universal. Esta es la característica argentina después de transcurridos los años individualistas que nuestros padres vivieron con caudillos necesarios para fundar la patria y organizar su gobierno. Se dice que somos frívolos y sin ideales, no; es que hemos evolucionado; domina ahora la multitud aparentemente desorientada y oculta en la polvareda que ella misma levanta, por la precipitación de su carrera hacia el triunfo de su destino humanitario.

Esa doble manifestación de la mística religiosa, se percibe en el arte, especialmente en la pintura, aún dentro de una misma escuela, por ejemplo, en la escuela clásica española. La tendencia vehemente y violenta en la pintura mística se manifiesta con tonos sombríos, en asuntos siniestros, cuyos intérpretes geniales Rivera y el Grecco parecen pintores de pesadilla. La otra manera cuyo representante inmortal es Murillo, expresa el misticismo tierno y dulce, en cuadros de cielos azules, donde aparece la Virgen envuelta en manto ceruleo, rodeada de ángeles niños, con ramos de flores. Así como aquellos artistas sienten la inspiración con enérgica fiereza en sus cuadros de fondo negro como de tinieblas, representando figuras pálidas de santos y mártires con músculos ensangrentados, estos otros producen la impresión de la Iglesia triunfante, de la inocencia cristiana, de las virtudes celestiales. En ambos misticismos, resalta la nota humana. Son realistas conforme a la idiosincrasia del genio nacional, comparado con el idealista amanerado Rafael; pues las figuras fúlgidas de las vírgenes de Murillo responden a un tipo real de moza andaluza, sonrosada, vivaz, sonriente, como el amor estático de Santa Te-



resa, que tiene mucho de humano, de vivo y realista. No era posible que el misticismo que imprimió carácter en el orden religioso, pasara sin dejar huella en literatura. En un interesante estudio: "Fisonomía de un Doctor", escrita por Fray Wenceslao del Santísimo Sacramento, cuyo tema contrasta con nuestro tiempo de excepticismo y frivolidad, reaparecen las figuras de los grandes místicos españoles de los siglos pasados. Ni la mística alemana de Rusbroch, ni la francesa de Gerson, de los Victorinos, del humanismo idealista de Renan, ni la del "temperamento natural" de Franklin, pudieron elevarse a las alturas inaccesibles de Santa Teresa, o de San Juan de la Cruz, el Doctor Éxtático, cuya suprema penetración, suma vigilancia y sagacísima sabiduría, lo colocan entre los más insignes de la mística universal.

Señores: Voy hablaros de nosotros. Alguien pudo alguna vez decir que somos religiosos, para explicar la cláusula del preámbulo constitucional, en la que se invoca "la protección" de Dios, fuente de "toda razón y justicia". En la literatura nacional, no he encontrado el misticismo que determine el conocimiento religioso del alma argentina. Solo una luz he visto en el cielo místico de nuestro patriotismo, atenuada por la inexpressión de su foco; fué la luz pálida de las deliberaciones de los diputados del Congreso de Tucumán, tan penetrados de religiosidad vitualista y en los que aparecen las formas cubriendo al dogma y el altar ocultando a Dios. Así, hemos continuado todavía, sin siquiera ser sentimentales, porque no hemos tenido tiempo de ser religiosos. Un positivismo crudo inspira nuestras acciones encaminadas sin tregua a conseguir la prosperidad material. Es indudablemente una fuerza lo que impulsa a la conquista de la riqueza, al goce del confort; pero es una fuerza ciega, que en definitiva, por la falta del contrapeso espiritual, pone en peligro el fundamento de las civilizaciones; pues la historia nos enseña que ningún pueblo pudo mantenerse largo tiempo en un alto grado de civilización, sin conservar muy altos también los principios morales y sin que se inspiren en ellos todas las manifestaciones de la vida

individual y colectiva. Esos principios tienen sus raíces en las ideas científicas y en las convicciones religiosas. Es penoso afirmar, que ni en el pensamiento universitario se nota entre nosotros, la preocupación de los grandes problemas teológicos: “el por qué, el para qué, el dentro del universo, de donde venimos, que somos y a donde vamos”. La inquietud religiosa, el resorte de todo lo grande duradero, no ha interesado a nadie en esta tierra. El practicismo esteriliza el espíritu nacional. Con razón el cronista extranjero pudo decir de la Argentina que “lo más de su literatura, casi toda ella produce el efecto de algo que está en el aire, sin sosten”. Si la vieja moraleja demuestra que órgano que no funciona, desaparece, a falta de uso de Dios en nuestra tierra y de querer que exista, Dios ha desaparecido de nuestra tierra. Y sin embargo, “morimos para siempre”; y puesto que el hombre vive de incertidumbres y su naturaleza espiritual le provoca visiones místicas del Universo y de la Vida, a pesar del progreso científico que va explicando el secreto de las cosas, queda y quedará en el último resquicio del alma, la duda, el misterio de la existencia.

La dominación siempre creciente del hombre sobre las cosas, asegura el máximo de satisfacción con el mínimo de esfuerzo. Las necesidades del hombre son hoy satisfechas con más facilidad que antes, por el perfeccionamiento sucesivo de la sociedad y las constantes transformaciones de la industria. Pero es que el hombre se ha creado nuevas necesidades, precisamente por el adelanto social y su desarrollo indefinido, lo que evidencia que el “primus vivere, deinde filosofare”, es eminentemente histórico; pues antes que aparecieran el ateniense y el romano, debió el hombre luchar su alimento, su cueva y su existencia, a la fiera. Si las necesidades urgentes y la lucha contra la naturaleza para satisfacerlas, crearon las primeras herramientas que auxiliaron el músculo humano, las necesidades siempre crecientes, desarrollaron indefinidamente la industria. De ahí, la evolución del individuo al grupo, del individualismo al “asociacionismo” lo cual determina el concepto científico de que la evolución social ha sido y es

condicionado por la evolución industrial; y lo cual explica también el arte del economista que procura mantener, lo mejor posible, el mayor número de hombres, por la producción y el consumo de la riqueza. Los humanistas prácticos encontraron en los fenómenos económicos la circunstancia fundamental que hace felices o desdichados a los individuos y sociedades, dedicando la abnegación y el genio misioneros a desentrañar la solución del arduo problema. Hicieron metafísica y poesía en sus elucubraciones vibrantes, pidieron al sentimiento y a la fantasía, luces que no encontraron en la realidad social, ni en la misericordia de los hombres; y anhelosos escudriñaron la historia y la naturaleza de las cosas, para encontrar la clave del enigma social. “En la Biblia como en el Evangelio, en las maldiciones de los profetas contra los mercaderes y los acaparadores de tierra, en las parábolas de Jesús, en las predicaciones de los Padres de la Iglesia, sobre los deberes de los ricos respecto de los pobres, en los infolios de los canonistas, innumerables son los textos que tocan estas cuestiones sociales y económicas o que formulan mandamientos, verdaderos apóstrofes imperativos, que no ceden en vehemencia a los revolucionarios socialistas del día”. Renunciaré por su extensión a referir las doctrinas economistas, inspiradas en el misticismo cristiano, en el catolicismo social y en el protestantismo humanista, para detenerme un instante a considerar los místicos que figuraron en los últimos tiempos y que personificaron las tendencias culminantes de los sentimientos economistas. El inglés Ruskin, el ruso Tolstoi, el alemán Marx y el francés Proudhon, son los representantes del misticismo entre los economistas. “Para Ruskin la sociedad debe ser aristocrática, caballeresca y heroica, mientras para Tolstoi debe ser igualitaria, comunista y rural; el uno la ve con los ojos de un esteta, el otro con los de un mujik; aquel quiere héroes, este sobre todo santos”; y ambos reprochan el principio hedonístico del interés personal como principio regulador de la actividad económica, y, el dinero como instrumento que solo ha conseguido proporcionar el dere-

cho o la posibilidad de servirse del trabajo de los demás. Después de considerar el trabajo manual obligatorio para todos y garantido a todos, Ruskin resuelve remunerar el trabajo no por la ley de la oferta y de la demanda, sino como si fuera una mercancía o como se fijan los honorarios médicos, judiciales o universitarios, dentro de una jerarquía social, en la que la educación juega un papel principal para adquirir “los facultados de admiración, de esperanza y de amor”, pues lo que importa, — según él — enseñar, ante todo, es “el aseo, la belleza y la obediencia”. Tolstoi es un comunista manso que desprecia “el instinto bajo y bestial que los hombres llaman el derecho de propiedad”, para exaltar el amor a la tierra y su cultivo en común, a fin de que cada cual produzca su pan, sin la concurrencia económica que separa al hombre del hombre, ni el comercio, que envilece el trabajo humano.

Entre el espíritu razonador de Marx y el sensitivo humanista Proudhon existe la misma diferencia que en el materialismo y el ideologismo en filosofía. El alemán fué rico, combativo y algebraico. Estudió en Inglaterra las luchas de clases, se contagió del racionalismo spenceriano a la moda y como quien resuelve una jugada de ajedrez, dió en solucionar los problemas de la llamada “cuestión social”, a la manera ruda y cruel de los de su raza. Concibió los fenómenos sociales como expresión del hambre universal; el vientre — dijo — es el que gobierna la historia: el fenómeno económico por excelencia, consiste en la necesidad de comer; es decir, que aplicó a la ciencia económica los viejos principios del sensualismo ático y proclamó la tesis del goce material, como fundamento de la ciudad futura, denominando a su doctrina: “concepción materialista de la historia”. Felizmente tal razonamiento hizo crisis entre sus mismos adeptos y pasó con el siglo XIX, que fué en sus postrimerías un enredo de cómodas y un tanto groseras explicaciones materialistas. Se evidenció en definitiva que, además del estómago, la cabeza y el corazón rigen la historia. Solo a la bestia le puede ser indiferente lo que no

forma parte de su individualidad fisiológica, por lo que tenía razón Blumenbach al suponer, que los monos no pueden hablar, por que no tienen nada que decirse. Lo cierto es, que semejante doctrina hizo escuela social y hasta formó partidos políticos, que se distinguieron por su egoísmo como sistema, la ira como propaganda, el cinismo como defensa y la vulgaridad como forma. Proudhon, artesano y filósofo era como Marx economista, pero, aunque menos técnico, es decir, menos pedante, fué más profundo y eficaz. Espíritu admirable, lejos de formular ningún postulado materialista en la solución de un problema con premisas sentimentales, dijo que en el fondo de toda cuestión social había un problema teológico. Este problema, en efecto, en toda nación que quiere seguir siendo nación y no colmena de bípedos implumes, es el problema de su personalidad colectiva, de la que se deriva la personalidad individual; es el problema de la cultura moral, en otras palabras, el problema de su misticismo.

Entre nosotros el misticismo batallador ha tenido dos manifestaciones, una vehemente y bravía, la otra ténue y opaca; la primera militar, la segunda sacerdotal. Aquella se inició durante las campañas de la emancipación americana, al impulso de la libertad, que muy pocos entendieron al principio y que aprendieron después de sufrir penurias durante la campaña libertadora, en la lucha contra la anarquía, en los años de la dictadura y en la odisea de la reorganización nacional. Ese misticismo se fundó en el culto del coraje y en la tendencia indomable a la rebelión, que determinaron a los argentinos precursores, a resolver en las batallas los problemas de la nacionalidad y de su civilización, sin más miras que el ideal de la patria y de la gloria. En aquellos tiempos heroicos, el ciudadano perfecto debía ser tribuno, periodista y guerrero. Ocupar el gobierno, descender al llano de la oposición y asistir a los campos de batallas, fueron las ocupaciones ordinarias del patriota militante argentino, que iluminó su mente y encendió su corazón con el misticismo de la patria. Nada más sagrado que el respeto del patriotismo de los hombres; no

lo olvidemos, señores, sobre todo en estos momentos solemnes, en que millones de bravos se abrazan a la muerte para glorificar el destino de su patria. Todos los pueblos en lucha son igualmente respetables, los venidos del septentrión, como los que van del mediodía; no lo olvideis, señores, en esta tierra bendita que llama a todos los hombres del mundo para habitarla en paz y gloria de su civilización. El otro misticismo argentino, tan atenuado cuanto se puede concebir, es el misticismo sacerdotal, que merece la palabra de consideración del estudioso-imparcial de las costumbres nacionales. Desde la época incoherente del coloniaje hasta nuestros días, ésta tierra no fué fecunda en temperamentos sacerdotales. Uno que otro silencioso y manso varón cubrió su misticismo religioso con la sotana o el sayal y ambos vivieron respetados en los curatos y conventos, no faltando, sin embargo, alguno de ellos que enaltecieron las letras con su oratoria emocionante y otros que habitaron el desierto para civilizar el indio y nacionalizar el territorio en misiones apostólicas. El día que la historia argentina pase revista de la acción humanitaria cumplida entre nosotros, colocará en la falange de los últimos románticos al militar, al fraile y al científico, que con su bravura, con su abnegación y su fé, salvaron el misticismo de la comarca entre el tropel de los precipitados para alcanzar la riqueza que paga los sibaritismos del lujo.

Hace un instante me referí al misticismo de la ciencia, para tener ocasión de explicarlo, con el placer que el tema proporciona. Cuando el espíritu humano a impulsos del renacimiento abandonó el afán del cielo como destino final del alma, reemplazó el misticismo metafísico por el de la ciencia, que ocupó por entero las potencias intelectuales del sabio; y así como los dones del espíritu divino hizo santos en las épocas teologales, las bienaventuranzas de la inteligencia formaron científicos en los tiempos modernos. La sabiduría contemporánea modela un tipo de hombre, cuya ciencia disciplina sus facultades morales y físicas dentro del marco de rectitud, claridad, precisión, verdad y salud, que en

cualquier tiempo pasado le hubiera consagrado la Iglesia entre sus santos. Observad cualquier sabio extranjero, por ejemplo, Newton; su inocencia y virtud, la pureza de sus sentimientos, la limpidez de su carácter, fueron ejemplares de la más exelsa santidad. Entre los argentinos conocí al naturalista Berg, cuya lucidez y sano humor comunicaban a sus discípulos el sentido de la belleza y la emoción de los hechos de la naturaleza en forma tal que hizo escuela, quizá, la única escuela de ciencia pura que exista entre nosotros. Esos hombres se distinguen por la honestidad y diligencia que les hace pulquérrimos de pensamiento y esforzados sin tregua en el cultivo de la verdad por la ciencia, que les sirve de constante apoyo y de renovación de fuerzas. Son místicos, cuyo espíritu científico se inspira en la verdad, base de su carácter eminente, en la belleza de la naturaleza, que para ellos es fuente inmortal de poesía, en el amor a la humanidad, que ha servido en todo tiempo de vínculo de solidaridad universal. Así se ha ido formando un misticismo que llamaré científico y cuya belleza será cada vez más interna a medida que el genio de la ciencia penetre en los secretos y leyes del mundo y de los seres.

Como derivado del tema a nuestro ambiente, contemplo con pena el descuido y menosprecio que en escuelas y universidades de nuestro país se tiene por todo lo que se refiera a la ética pura y dogmática. En todo tiempo y lugar civilizado, las abstracciones han determinado actos coercitivos y fórmulas prácticas de gobierno. La dirección de la enseñanza en nuestro país no ha sabido organizar ese estudio. De una moral mal organizada se ha pasado a la privación de toda enseñanza moral; y ¡en que momento y circunstancia!, cuando la mentira y el fraude alardean su imperio social. Consuélanos la idea que este no es mal nuestro solamente. Las más cultas naciones o las que se creían tales por la ciencia de sus laboratorios y su penetración universitaria, guiadas por la ambición de sus césares y la preponderancia de su fuerza militar, se han burlado del derecho, de la fé pactada, de la lealtad internacional, de los respetos humanos, que teníamos por invulnerables y permanentes.

Hay que guiarse por el optimismo, hay que esperar mejores días, para recomenzar la cruzada de la verdad, del bien. Por educación y temperamento soy optimista; creo en el perfeccionamiento sucesivo de la humanidad, cuyo espíritu purifícase a medida que la vida encuentra su bienestar en la tierra que la sustenta y que el hombre encuentra un hermano en quebrantos y alegrías en otro hombre a quien llama su amigo. El bien y el mal son en definitiva manifestaciones de lo bello y de lo feo, por lo que educar el espíritu en la belleza, es inclinarlo naturalmente al bien. El misticismo contemporáneo que la ciencia inspira, no solo diviniza la naturaleza vasta y misteriosa, sino también el espíritu que anima sus fuerzas, sus elementos y todas sus manifestaciones.

Hay que ser optimista. Depende de nosotros, de nuestra civilización, de nuestra firmeza, iniciar la era de las emociones redentoras, suscitando los espíritus a la clemencia y por la clemencia a la tolerancia, para que cada hombre descubra por sí mismo su propia cumbre, la luz y la gracia de su alma, manteniéndose en comunión ardiente con la vida, mirando siempre adelante y hacia lo alto, invencible hacia la luz, venga de donde viniere, cumpliendo los deberes del patriotismo con seriedad y sencillez, comprendiendo el sentido profundo de la vida, cuyo fin misterioso es el concierto de todas las conciencias y la armonía de todas las fuerzas, para abarcar con una mirada y abrazar con un mismo amor a la tierra, el cielo, a la mujer, a la flor, y a la estrella.

He dicho.

---